

# ¿Quién es Jesús?

**Autor: G. André**

Cuando Jesús preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:15-16). Se lo había revelado el Padre, y por esta razón es llamado “bienaventurado”. Al final de su vida, sabiendo que en breve debía abandonar el cuerpo (2 Pedro 1:14), el apóstol hace una exhortación muy importante: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (cap. 3:18).

De un modo muy simple, y sin duda muy parcialmente, hemos intentado mostrar algunas de las glorias de esta Persona maravillosa, cuya profunda contemplación puede transformar nuestras vidas (2 Corintios 3:18). Mientras estemos en la tierra, nunca podremos escudriñar todo este misterio. “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre” (Mateo 11:27). En su oración, el mismo Señor Jesús decía: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Efectivamente, “este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Juan 5:20).

## **Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

Prefacio .....	5
Introducción .....	6
El Hijo de Dios .....	8
El misterio de la Trinidad .....	11
El Hijo del Hombre .....	13
Su concepción .....	14
Su nacimiento .....	15
A la edad de doce años .....	16
Su ministerio .....	17
Su muerte .....	18
Su resurrección .....	19
El Salvador .....	20
La salvación .....	20
La remisión de los pecados y la purificación .....	21
La justificación .....	22
La redención .....	22
La reconciliación y la propiciación .....	23
La vida eterna .....	24
El peso sobre Cristo .....	24
El Cristo – El Mesías .....	26
Cristo en la profecía .....	26
El Cristo histórico .....	28
El Cristo vivo .....	29
El Señor .....	31
El Señor en los evangelios .....	31
En los hechos y en las epístolas .....	32
Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia (Efesios 1:22) .....	32
El rey de los judíos .....	33
Rey de reyes y Señor de señores .....	34
Mi Señor .....	34
Las figuras de Cristo en el Antiguo Testamento .....	36
Objetos .....	36
Ofrendas .....	37
Episodios .....	39
Personajes .....	39

El amado Hijo del Padre .....	41
Un único hijo amado (Marcos 12:6) .....	41
El Padre ama al Hijo .....	43
Este es mi Hijo amado .....	43
El amor manifestado.....	44

## Prefacio

¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si sabes?



(Proverbios 30:4)

Cuando Jesús preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:15-16). Se lo había revelado el Padre, y por esta razón es llamado “bienaventurado”.

Al final de su vida, sabiendo que en breve debía abandonar el cuerpo (2 Pedro 1:14), el apóstol hace una exhortación muy importante: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (cap. 3:18).

De un modo muy simple, y sin duda muy parcialmente, hemos intentado mostrar algunas de las glorias de esta Persona maravillosa, cuya profunda contemplación puede transformar nuestras vidas (2 Corintios 3:18). Mientras estemos en la tierra, nunca podremos escudriñar todo este misterio. “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre” (Mateo 11:27). En su oración, el mismo Señor Jesús decía: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Efectivamente, “este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Juan 5:20).

## Introducción

De noche, Jacob, hallándose solo, luchó con el varón misterioso que, al rayar el alba, le venció. El patriarca tuvo que confesar su nombre de engañador. Después de esto fue bendecido y le pidió al Ángel: “Declárame ahora tu nombre”. El Ángel (que sin duda era una personificación del Señor mismo) le dijo: “¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí” (Génesis 32:29). Su nombre no nos es revelado.

Como resultado de la petición de Manoa, el Ángel de Jehová apareció por segunda vez. Manoa le preguntó: “¿Cuál es tu nombre...? Y el Ángel de Jehová respondió: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?” (Jueces 13:17-18). Tampoco a Manoa se le reveló el Nombre (admirable o maravilloso en hebreo significa más bien secreto, oculto).

Mucho tiempo después, Agur preguntará: “¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si sabes?” (Proverbios 30:4). Sin embargo, Isaías profetizó su nacimiento: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Isaías 7:14).

Más adelante, el profeta anuncia: “Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (cap. 9:6). Milagrosamente nacido de una virgen, “niño” dado, es decir, hombre; pero también “hijo”, alusión al Hijo de Dios que es eterno, que debe reinar y que traerá la paz. Pero su nombre personal no nos es revelado.

Hay que llegar al Nuevo Testamento para encontrar, en el primer versículo del evangelio de Mateo, este nombre: “Jesús”. El ángel se lo había anunciado a María: “Concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS” (Lucas 1:31). Poco después lo confirmó a José: “Darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). “Jesús” no es más que la forma castellana del nombre hebreo que significa Dios salva.

Los primeros cristianos usaban como contraseña el criptograma de un pez: «**ICHTUS**», a modo de sigla cuyo significado era:

**I** = Jesús

**CH** = Cristo

**THU** (THEOU HUIOS) = Hijo de Dios

**S** = Salvador

Vamos a considerarlo bajo diversos aspectos que de Él nos ofrece la Palabra de Dios:

- El Hijo de Dios
- El Hijo del Hombre
- El Salvador
- El Cristo – El Mesías
- El Señor
- Las figuras de Cristo en el Antiguo Testamento
- El amado Hijo del Padre

## El Hijo de Dios

Había transcurrido algún tiempo desde la pesca milagrosa, cuando Pedro, de rodillas ante Jesús, le dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8). Los discípulos siguieron a su Señor, vieron su poder, su corazón lleno de compasión, sus discusiones con los fariseos y otras sectas judías, y fueron testigos de su rechazo (Mateo 11:20-24;12:14). Los fariseos habían llegado incluso a decir: “Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios” (Mateo 12:24).

Poco después, Jesús se retira al norte del país “a la región de Cesárea de Filipo” (Mateo 16:13). “Aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos; y les preguntó, diciendo: ¿Quién dice la gente que soy yo?” (Lucas 9:18). Los discípulos dan respuestas a cual más descabellada. Entonces Jesús les pregunta: “¿Y **vosotros**, quién decís que soy?”. ¿Qué responderían? ¿Habían discernido quién era Él? Y nosotros, ¿qué responderemos a esta pregunta?

Pilato dirá: “Ningún delito hallo en este hombre” (Lucas 23:4). Judas expresará: “Yo he pecado entregando sangre inocente” (Mateo 27:4). Los principales sacerdotes que pasaban cerca de la cruz dijeron: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (Mateo 27:42). ¿Qué va a decir Pedro con el ímpetu que le caracterizaba? “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16). Declarar “Tú eres el Cristo”, podía corresponder a la esperanza que tenían los discípulos de que él fuera “el que había de redimir a Israel” (Lucas 24:21), pues podían darse cuenta de que algunas profecías se habían cumplido en él, pero añadir: “... el Hijo del Dios viviente”, ¿cómo era eso posible? Amaban a su Maestro; pero, pasada la tormenta, se habían extrañado: “¿Qué hombre es este, que aun los vientos y el mar le obedecen?” (Mateo 8:27). Si Pedro pudo decir que era el Hijo de Dios, es porque el Padre se lo había **revelado**. Pablo dirá a los Gálatas: “Agradó a Dios... revelar a su Hijo en mí” (cap. 1:15-16). Hubo quien buscó a Dios, tratando de hallarle, si en alguna manera fuera posible, palpando (Hechos 17:27). Y nosotros, ¿cómo podemos conocerle como Hijo del Dios viviente? La Palabra nos lo revela. Como dice el apóstol: “Pero estas (cosas) se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

“ En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios (Juan 1:1-2).



En pocas palabras, el Espíritu de Dios pone ante nosotros a Aquel a quien denomina el Verbo (la Palabra) o sea la expresión de los pensamientos de Dios.

Tan atrás en el tiempo como podamos remontarnos con nuestra imaginación, Él “era”: existe desde la eternidad; “era con Dios”: es una Persona distinta; pero es “Dios”: su naturaleza es divina. No llegó a ser lo que nos dice el primer versículo, sino que lo era desde el principio, como el mismo lo dijo: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58). Cuando iban a detenerle en Getsemaní, bastó una sola palabra suya para hacer retroceder a sus adversarios: “Yo soy” (Juan 18:5). No es una emanación subsiguiente de la divinidad (v. 2), ni una criatura (v. 3): “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. No fue creado; es el unigénito del Padre (Juan 1:14 y 18; 3:16 y 18; 1 Juan 4:9).

“En él estaba la vida” (v. 4). No es como el hombre una “alma viviente”, sino un “espíritu vivificante” (1 Corintios 15:45). El Padre le ha dado que tenga “vida en sí mismo” (Juan 5:26).

“  
Habiendo Dios hablado... por su Hijo; a quien ha constituido heredero de todas las cosas, por medio de quien también hizo el universo. El cual siendo la refulgencia de su gloria, y la exacta expresión de su sustancia  
(Hebreos 1:1-3) (V. M.).

Después de haber hablado a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo. ¿Quién es ese Hijo? Para empezar, le “constituyó heredero de todo”. En sus eternos designios, Dios anticipó que Aquel que había de venir a la tierra para dar su vida, fuese elevado a la gloria y reuniese “todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos” (Efesios 1:10).

Por medio de él, en la historia de los tiempos, “hizo el universo”.

Su persona misma es “la refulgencia de su gloria, y la exacta expresión de su sustancia”. Para resaltar esta expresión, los antiguos decían de él que era la luz del sol. En esta comparación, el sol es Dios mismo; Él “habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver” (1 Timoteo 6:16). Pero podemos ver la luz del sol, la que lo ilumina todo. La gloria divina nos es oculta, pero en Cristo brilló plenamente: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6).

Así como en la cera (la comparación es rudimentaria) queda impreso un sello, el Hijo es la imagen misma de la Persona divina. En cierto modo, esta imagen está en relieve, mientras que en el Antiguo Testamento teníamos “la sombra” (Hebreos 10:1). Cuando Felipe le pide a Jesús: “Señor, muéstranos el Padre”, él le responde: “¿No **crees** que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?” (Juan 14:8, 10). Solo la fe lo puede discernir como tal.

No solamente creó el mundo, sino que “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”. Nuestra mente se pierde al contemplar la inmensidad del universo. La menor perturbación en nuestro sistema planetario traería una catástrofe. La Palabra no revela ni detalla los fenómenos que Dios permite que la ciencia vaya descubriendo poco a poco por medio de la inteligencia que ha dado al hombre. Solo nos dice: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (Hebreos 11:3). “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas” (Romanos 1:20). La Biblia no es un libro de ciencia. Nos declara que aquel que creó todas las cosas, las sustenta con la palabra de su poder y, en lo que a la revelación se refiere, esto debe bastarnos.

“ Su amado Hijo... es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él (Colosenses 1:15-16).

En estos versículos no es “la exacta expresión de su sustancia”, sino la “imagen del Dios invisible”: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).

En cuanto a la creación, él es el “primogénito”, es decir, el heredero, el jefe. En relación con esto se nos dicen cuatro cosas: **por él** fueron creadas todas las cosas, visibles e invisibles; todas las cosas fueron creadas **para él**; pero **él es antes** de todas las cosas (no es, pues, una criatura); finalmente, todas las cosas **en él** subsisten, lo cual vincula este pensamiento con el de Hebreos 1:3.

Por lo tanto, es “Hijo de Dios” eternamente, como lo hemos visto en Juan 1. Él mismo lo dice al dirigirse al Padre en Juan 17:24: “Padre... me has amado desde antes de la fundación del mundo”.

Cuando nace en la tierra sigue siendo siempre Hijo de Dios. “El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Es el misterio de su persona: concebido del Espíritu Santo, nacido de virgen, es verdadero Dios y verdadero hombre. “Mi Hijo eres tú”, dice Hebreos 1:5. Pero también añade: “Yo te he engendrado hoy”, al venir a esta tierra. Finalmente, en su resurrección, “fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4).

## El misterio de la Trinidad

Esta se halla implícita ya en el primer versículo de la Biblia: “Creó Dios”; en hebreo, Dios está en plural (*Elohim*), ¡pero el verbo crear está en singular! Y un poco más adelante: “Dijo Dios: Hagamos (plural) al hombre a nuestra imagen...; Y creó (singular) Dios al hombre” (Génesis 1:26-27). Habrá que esperar hasta el bautismo de Juan para que la Trinidad se revele. Aunque Jesús no tenía necesidad de arrepentirse de nada, se identificó con aquellos del pueblo que se arrepentían, tal como convenía a la posición que había tomado entre su pueblo. Una vez bautizado, él ora; entonces el Espíritu desciende sobre él en forma corporal, como paloma; y desde el cielo se oye la voz del Padre: “Tú eres mi Hijo amado” (Lucas 3:22).

Jesús afirmará:

Yo y el Padre uno somos



(Juan 10:30).

Cuando venga el Espíritu Santo, el Consolador, “conoceréis que yo estoy en mi Padre” (Juan 14:20), como Jesús le había dicho a Felipe: “Yo soy en el Padre, y el Padre en mí” (v. 10). En esta tierra no fue un «dios» independiente del Padre, si bien era distinto como persona (Juan 5).

El Espíritu “procede del Padre” (Juan 15:26). Es dado por el Padre, enviado por él (Juan 14:26); pero el Espíritu Santo es enviado en nombre del Hijo (cap. 14:26), y es él quien lo envía del Padre (cap. 15:26). No profundicemos más en este misterio. “Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5); sin embargo, se ha revelado bajo tres formas de ser, o tres personas.

Al hombre le gustaría hacer preguntas, pero no vayamos más allá de lo que nos revela la Palabra de Dios. En efecto, el mismo Señor Jesús dijo: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:27). “El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18); pero en la persona del

Hijo sigue habiendo algo misterioso que nadie conoce a fondo, aunque Pablo desee conocerle, del mismo modo que conocemos a alguien o un hecho. Ciertamente “la vida fue manifestada” (1 Juan 1:2): fue visto, contemplado y palpado. Esta revelación nos es dada para que nuestro gozo sea cumplido en la comunión con el Padre y con el Hijo. Incluso cuando aparece en su gloria hay un misterio impenetrable en la persona del Hijo: será llamado “Fiel y Verdadero”, “EL VERBO DE DIOS”, “REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Apocalipsis 19:11, 13, 16), pero también tendrá “un nombre escrito que ninguno conocerá sino él mismo” (Apocalipsis 19:12).

Y sin embargo, frente a tal grandeza, ante tal misterio, Pablo podrá decir, y cada uno de nosotros puede unirse a la expresión de su infinito agradecimiento: “El Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

## El Hijo del Hombre

En 1 Timoteo 3:16 se nos dice que el misterio de la piedad es grande: “Dios fue manifestado en carne”. En el Antiguo Testamento, Dios se dio a conocer de distintas maneras: por sueños, por visiones, por la aparición de un ángel, por la palabra dicha a los profetas “muchas veces y de muchas maneras” (Hebreos 1:1). Pero el Evangelio nos coloca delante de este misterio extraordinario: “Y aquel Verbo **fue hecho** carne” (Juan 1:14), es decir hombre.

Durante un tiempo “habitó entre nosotros”. Entonces mostró su gloria, no la de un rey que reinará sobre todas las cosas, no la del Creador, sino la de un hombre perfecto, su gloria moral “como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). Los evangelios desarrollan delante de las miradas de nuestra fe toda la perfección de la vida de Jesucristo hombre.

Filipenses 2:6-8 nos habla en pocas palabras, pero de una manera precisa y profunda, de la hondura de esta humillación. Cristo Jesús subsiste “en forma de Dios”, esencia misma de su vida, pero, a diferencia de Satanás (Isaías 14:14) y del hombre instigado por el tentador (Génesis 3:5), “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse” (Filipenses 2:6). Sin duda alguna lo era y lo será siempre, pero aceptó “humillarse a sí mismo” (y solo él podía hacerlo) y despojarse de las insignias de su gloria (sin dejar de ser en forma de Dios) para tomar forma de “siervo, hecho semejante a los hombres” (v. 7). El hombre en sí mismo es siervo de Dios y, como criatura, lo es necesariamente. Subrayemos que **fue hecho a semejanza** de los hombres (Romanos 8:3), pues él era sin pecado: “El cual no hizo pecado” (1 Pedro 2:22); “no conoció pecado” (2 Corintios 5:21); “no hay pecado en él” (1 Juan 3:5).

Un segundo grado de su humillación nos es presentado en Filipenses 2:8. Hombre entre los hombres, como hombre se humilló. No reivindicó una posición importante; no se revistió de la gloria real que más tarde tendrá; no buscó la aprobación, ni la consideración de las autoridades de su tiempo. En esta humillación, se hizo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Hebreos 5:7-8 nos revela los sufrimientos que le deparó esta obediencia: “Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte... Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia”. Debió experimentar lo que la obediencia significaba para un hombre, y para un hombre dispuesto a cumplir la voluntad de Dios hasta lo último. Sus perfecciones como siervo no le valieron ser llamado Hijo de Dios. Sería muy notable que un hombre llevara una vida tal que mereciera este título. ¡Cuánto más grande es que el Hijo de Dios se haya hecho siervo!

No olvidemos, sin embargo, que agradó al Padre que en ese hombre humillado habitase toda plenitud (Colosenses 1:19). Era Emanuel, “Dios con nosotros” (Mateo 1:23). “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). Era verdaderamente Dios y verdaderamente hombre.

Según la primera epístola de Juan, es necesario aceptarle de tres maneras: “Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en **carne**, es de Dios” (cap. 4:2). “Todo aquel que confiese que Jesús es el **Hijo** de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios” (v. 15). “Todo aquel que cree que Jesús es el **Cristo**, es nacido de Dios” (cap. 5:1).

Se han propagado muchos errores que niegan “que Jesucristo ha venido en carne” (2 Juan 7), o que Jesús es el Hijo de Dios. “Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa” (v. 10). Para Dios es muy importante todo lo que se refiere a la persona de su Hijo.

El hecho de ser hijo del hombre es afirmado por Jesús mismo, por primera vez en Mateo 8:20 mediante una notable frase: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza”. Recostará su cabeza cuando, en la cruz, “habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (la palabra “inclinar” de Juan 19:30 es la misma que “recostar” de Mateo 8:20).

## **Su concepción**

En Isaías 7:14 ya se había anunciado que la virgen concebiría y daría a luz un hijo. Hay que acudir a los evangelios para entender el alcance de esta profecía. En Lucas 1:35, el ángel responde a María —extrañada de que pudiese concebir sin conocer varón—: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios“. María era virgen, y estaba desposada (prometida) con José. No tenían relaciones que pudieran dar lugar a una concepción. En Mateo 1:18, el Espíritu de Dios precisa que “antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo”. José se inquieta; el ángel del Señor viene a tranquilizarle: “Lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (v. 20-21). De esta manera se cumplía la profecía de Isaías (v. 23). A José, el ángel le habla del Salvador; a María, del que había de reinar, ya que por ella era hijo de David según la carne (v. 16).

## Su nacimiento

Miqueas 5:2 había anunciado que el Cristo nacería en Belén. José y María vivían en Nazaret. ¿Qué iba a hacer Dios para que María fuera a la ciudad de David y diera a luz allí? Dios está por encima de todo. El emperador promulgó un edicto para que todos se empadronaran (de hecho el censo se hizo más tarde). Este decreto obligó a cada judío a ir a su ciudad de origen, de manera que José tuvo que ir a la suya, Belén, “por cuanto era de la casa y familia de David” (Lucas 2:4). María, “desposada con él”, se hallaba encinta. Estando allí, “dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar **para ellos** en el mesón” (v. 5, 7). Lo primero que hicieron con este hijo fue “envolverlo”; lo último, una vez que su cuerpo hubo sido bajado de la cruz, lo “envolvieron” en lienzos (Juan 19:40).

La genealogía de Mateo 1 –tras repetir una y otra vez que este engendró a aquel– cuando llega a José, dice: “Marido de María, **de la cual** nació Jesús, llamado el Cristo” (v. 16).

Este “niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre”, es la “señal” para los pastores, a quienes el ángel les apareció para darles “nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor” (Lucas 2:10-12). Para los magos que más adelante vienen a adorar al Rey, la señal será una estrella (véase Mateo 2:1-12). Los pastores se llegan a Belén; encuentran a María, a José y al niño, “y al verlo”, hablan de él. No se fijan tanto en María y en José como en el niño, cuya infinita grandeza les ha sido revelada. Regresan “glorificando y alabando a Dios” (Lucas 2:17, 20), haciendo eco a las multitudes de las huestes celestiales que alababan a Dios y le daban gloria.

Las “nuevas” son “de gran gozo... para todo el pueblo”; en Lucas 1:14, el motivo del gozo es para Zacarías y muchos que se alegrarán del nacimiento del bautista: este prepararía el camino del Señor, pero el niño de Belén era este mismo Señor.

A los ocho días de nacer fue circuncidado. De acuerdo con la ley, pasados cuarenta días sus padres le llevan a Jerusalén para la purificación, no la suya, sino la de María, según Levítico 12:7 (“por ella”). Nótese que los padres de Jesús no pudieron ofrecer un cordero, pues eran demasiado pobres; solo pudieron traer un par de tórtolas (véase Lucas 2:22-24).

Al entrar con el niño en el templo, nadie se percata de quién es, ni los sacerdotes ni los jefes del pueblo. Solo el anciano Simeón, movido por el Espíritu, le toma en sus brazos, bendiciendo a Dios porque sus ojos han visto Su salvación. El padre y la madre se extrañan de estas cosas y “los

bendijo Simeón” (Lucas 2:34). Hacemos notar que bendijo a los padres, no al niño. “Sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor” (Hebreos 7:7). ¿Cómo iba Simeón a bendecir al niño, si él necesitaba que este le impartiera su bendición?

Ana, profetisa de edad avanzada, la cual no se apartaba del templo, llegó en ese momento. “Daba gracias a Dios, y hablaba del niño” (Lucas 2:38). ¿Quién era ese niño si no el Señor?

Algo más tarde vinieron los magos. La estrella los había guiado hasta “el rey de los judíos” (Mateo 2:2). Al llegar a Belén, entran en la casa, ven al niño con María, su madre, y cuando se postran, a Él le adoran y le ofrecen sus tesoros: oro (el metal más precioso de la Biblia, el que nos habla de su divinidad), incienso (perfume que sube hacia Dios como olor grato, igual que a lo largo de toda la vida del hombre perfecto) y la mirra (la amargura de Sus sufrimientos), ofrendas que nos recuerdan el culto que en espíritu y en verdad podemos rendir a Dios por medio de Cristo.

Lo más extraordinario, ¿no es la huida a Egipto? (véase Mateo 2:13-23). Dios podría haber hecho perfectamente un milagro para guardar a su hijo. Pero no es hecho ningún milagro en favor de Jesús. Es un hombre en la tierra. De niño es llevado por sus padres, huyendo como un refugiado, y permanece en tierra extranjera hasta la muerte de Herodes, para volver a Nazaret, donde fue «educado».

## **A la edad de doce años**

No nos es dicho nada acerca de su vida en Nazaret. Es llamado “el hijo del carpintero” (Mateo 13:55), e incluso “el carpintero” (Marcos 6:3), precisando así cuál era su ocupación. Sin embargo, el Espíritu de Dios ha querido conservarnos este incidente revelador: a la edad de doce años, cuando sube con sus padres a Jerusalén, para la fiesta de la Pascua, se queda solo a pesar de la inquietud que causa, sobre todo a su madre. Durante tres días le buscan sus padres. Sabiendo quién era, ¿no deberían haber ido primero al templo? Lo encuentran, por fin, ocupado “en los negocios de su Padre” (Lucas 2:49), pero, a la vez, tomando entre los doctores la posición que convenía a un niño de doce años: “Oyéndoles y preguntándoles” (v. 46) (¡buen ejemplo para los jóvenes hermanos respecto a la actitud a tomar en la congregación, sobre todo en las reuniones de estudio!). Jesús era consciente de ser Hijo del Padre; pero eso no le impide ir con sus padres a Nazaret y estarles sujeto. “Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” (v. 52), perfecto en cada etapa de su desarrollo, según convenía a su edad.



## Su ministerio

Es hermoso ver a Jesús de lugar en lugar en sus idas y venidas, su compasión, sus enseñanzas, su perfecta humanidad. A veces su divinidad brilla como un relámpago, cuando calma la tempestad o resucita a Lázaro, o cuando hace tantos milagros. Como alguien dijo: «Escondía la forma de Dios bajo la de un esclavo, su divinidad bajo el espeso velo de un Galileo despreciado».

Conoció la fatiga cuando, cansado del camino, “se sentó así junto al pozo” de Sicar (Juan 4:6). Tenía sed y le pidió agua a la mujer samaritana. En la cruz, para que se cumpliese la Escritura, dirá: “Tengo sed” (Juan 19:28). Conoció esa intolerable sed de los crucificados, pero había en él una sed mayor: acabar con toda la obra que el Padre le había encomendado. Conoció el hambre (Marcos 11:12). En la barca, pese a la tempestad, dormía sobre un cabezal (Marcos 4:38). Junto al sepulcro de Lázaro, lloró, así como sobre Jerusalén y en Getsemaní (Hebreos 5:7).

A menudo le vemos entrar en una casa, a veces sentarse a la mesa; entrar en las sinagogas, hacer milagros, predicar enseñanzas, leer las Escrituras; le vemos salir y andar junto al mar, llamar a los discípulos, decirle “sígueme” a Mateo. Otras veces se va solo a algún lugar desierto o a una montaña, para orar.

En más de una ocasión toma a sus discípulos aparte y les anuncia los sufrimientos que le esperan. Después de la transfiguración, en la que brilló la gloria del Mesías, así como la del amado Hijo del Padre, “desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho” (Mateo 16:21). Al atravesar la Galilea, enseñaba a sus discípulos: “El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán” (Marcos 9:31). Ellos no entendían, por lo cual Jesús vuelve a enseñarles lo mismo cuando iban por el camino subiendo a Jerusalén. Entonces, volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir las cosas que tenían que acontecer: “He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará” (Marcos 10:33-34). ¿Cuál es la reacción? ¡Santiago y Juan piden los mejores puestos en el reino!

## Su muerte

Han pasado los años. Estaba cerca la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la pascua, en la cual era necesario sacrificar el cordero de la pascua. “Cuando era la hora, se sentó a la mesa” (Lucas 22:14). Había llegado la hora “para que pasase de este mundo al Padre” (Juan 13:1). ¿Va a retroceder ante el sufrimiento? ¿Obedecerá hasta la muerte? Una vez más, “por lo que padeció aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8).

En Getsemaní toma el cáliz de la mano del Padre. Cuando Pilato declara: “Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él” (Juan 19:4), **Jesús** sale fuera, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura, con el rostro desfigurado más que lo de los hijos de los hombres (Isaías 52:14). Podía haber retrocedido. El gobernador no podía forzarlo. Voluntariamente, Jesús sale fuera. Pilato lo presenta: “¡He aquí el hombre!” El “varón de dolores” (Isaías 53:3) es presentado a su pueblo. ¿Qué van a responder? “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” (Juan 19:5-6).

Finalmente, Pilato lo entrega para ser crucificado. Toman a Jesús y se lo llevan. ¿Qué se nos dice? “Y él, cargando su cruz, **salió**” (v. 17). Jamás se lo hubieran podido llevar en contra de su voluntad. Isaías ya había profetizado que sería “como cordero... llevado al matadero” (cap. 53:7). El Evangelio de Marcos, el del Siervo, nos lo presenta así. Pero en el de Juan, el del Hijo de Dios, él mismo va al lugar del suplicio.

¿Era Jesús mortal? Todo hombre lo es; él participaba de la naturaleza humana, pero **no tenía** que morir, sino que podía morir. En cuanto a su vida, dijo: “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (Juan 10:18). Por decisión propia, en la plena posesión de sus facultades, rehusando la hiel que hubiera podido aliviar sus sufrimientos, se dejó crucificar. Cuando le decían: “Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz” (Mateo 27:40), no bajó. Cumplió hasta el final las Escrituras; y “sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado”, habiendo tomado el vinagre, dijo: “Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (Juan 19:28-30).

La multitud volvió a Jerusalén golpeándose el pecho. La noche desciende sobre el Calvario. Un hombre, José de Arimatea, discípulo suyo en secreto, se acerca. Pilato le ha dado permiso para llevarse el cuerpo de Jesús. Lo baja de la cruz. Se acerca otra persona, la que una vez había acudido también de noche a él: Nicodemo; trae “un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras” (Juan 19:39). Ambos cogen el cuerpo, lo envuelven en lienzos, con especies aromáticas, y lo colocan en el sepulcro nuevo del huerto. Dos hombres se hacen cargo de su cuerpo muerto; dos

hombres habían hablado con él de la muerte que debía cumplir en Jerusalén (Lucas 9:31); dos hombres se irán a Emaús, tristes, por haberse desvanecido sus esperanzas con su muerte (Lucas 24:13-17).

## **Su resurrección**

En 1 Corintios 15:4 se nos dice que “fue sepultado”, para que nadie diga que sufrió un desvanecimiento temporario al clamar a gran voz y expirar en la cruz. Murió realmente y resucitó realmente. Algunos negaban la resurrección, pero “si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es... vuestra fe” (v. 13-14).

Resucitó con un cuerpo espiritual, y era, a pesar de todo, realmente un hombre. Los discípulos de Emaús no le reconocieron cuando se les acercó y se puso a caminar con ellos. Parecía un hombre cualquiera. Pero sus corazones ardían en su interior; cuando partió el pan con ellos, renovando la acción de los días de su carne, les fueron abiertos los ojos (Lucas 24:13-32). María Magdalena creyó ver al hortelano; cuando su corazón vibró al ser llamada “¡María!”, reconoció a su Maestro (Juan 20:15-16). La fe, el corazón, reconocen al hombre resucitado.

Cuando aparece a sus discípulos, les dice: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo”. Después, delante de ellos, come parte de un pescado y de un panal de miel (Lucas 24:39-42).

Los sacó fuera, hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Cuando se separa de ellos y es llevado arriba al cielo, es un hombre glorificado, Aquel en quien “habita **corporalmente** toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9).

## El Salvador

“El Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo” (1 Juan 4:14). El nombre mismo de Jesús revela ese carácter: Jehová salva. El ángel dijo a los pastores: “Os ha nacido... un Salvador” (Lucas 2:11). Los samaritanos de Sicar dieron testimonio de ello: “Nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo” (Juan 4:42). 2 Timoteo 1:10 afirma la plena realidad de ello: “Nuestro Salvador Jesucristo... quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio”.

## La salvación

“El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). Hay que sentirse **perdido** para apreciar el hecho de ser **salvo**. Hallarse un día o varios ante la santidad de Dios, quien no puede ver el mal; aceptar que, al haber ofendido tantas veces a ese Dios santo, uno está condenado a la perdición; captar entonces que somos salvos “por gracia... por medio de la fe; y esto no de nosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8).

El creyente ha sido y es salvo: “**Sois** salvos...”. La salvación del alma no es futura, es actual, permanente: “Dios... nos salvó... no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia” (2 Timoteo 1:9). La salvación es también efectiva en el presente. Filipenses 2:12-13 nos dice: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer”. En este texto, “ocupaos” tiene más bien el sentido de **cultivar**, como lo atestiguan, en cuanto al significado de la palabra original, varios papiros del siglo primero, encontrados hace poco. No se trata de ganar la salvación, sino de llevarla a buen término por el trabajo, produciendo fruto para que los resultados se vean en nuestra conducta. Solo el poder divino puede producir en nosotros el querer y el hacer; pero, para ello, es necesario que haya vigilancia de nuestra parte, así como un corazón y un espíritu dispuestos a dejar que Dios actúe en nuestras vidas por su Espíritu.

Finalmente, la salvación completa es algo futuro. “Está más cerca de nosotros... que cuando creímos” (Romanos 13:11). De nuevo, no se trata de adquirirla, sino de despertar del sueño y vestir las armas de la luz, andando como de día, honestamente. En un futuro, sin duda próximo, “el Señor Jesucristo... transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:21). Ahora “tenemos las primicias del Espíritu”, pero “esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8:23).

## La remisión de los pecados y la purificación

El pecado es presentado de dos maneras distintas: como deuda, por ejemplo en las parábolas; y como contaminación, representada por la lepra. Al aspecto de la deuda, le corresponde la remisión de las culpas, el perdón; al de la contaminación, le corresponde la purificación.

### a) Remisión – perdón

El **culpable** ha sido **perdonado**, no ha tenido que sufrir el castigo que merecía su falta.

Cuando se trata de perdón humano, como puede ser el de un padre a favor de su hijo, a veces la sanción es levantada debido al afecto, quizá a la debilidad, sin que se ejecute el castigo.

Con el perdón divino no ocurre lo mismo. El castigo debe ser ejecutado, pero sobre otro, sobre un sustituto; entonces Dios puede perdonar. Pero el sustituto no es otro hombre, una víctima humana (como se haría en algunas religiones paganas para aplacar la ira de la divinidad). Dios mismo se ofrece en su Hijo como sustituto: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas... mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6).

“Sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Hebreos 9:22). Se había derramado mucha sangre de toros y machos cabríos como imagen de la muerte de Cristo. Esa sangre no podía quitar los pecados. Para hacer comprensible a los suyos el modo en que fue pagada la deuda, el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, al dar la copa dijo a sus discípulos: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:28).

El perdón es completo, Dios nos perdonó todos los pecados (Colosenses 2:13).

¿Qué ocurre con las faltas del creyente? Solamente la obra misma de Cristo pagó la deuda. Dios pide a los suyos que reconozcan sus faltas: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Si decimos que no tenemos pecado, que no tenemos naturaleza pecaminosa, nos engañamos a nosotros mismos; si decimos que no hemos pecado, que no hemos faltado, hacemos a Dios mentiroso (véase v. 10). No se trata de ocultar las faltas sino de reconocerlas, primero ante Dios, y luego ante aquellos a quienes hayamos ofendido o herido. Dios es **fiel** a su promesa y perdona, pero también es justo con Cristo al hacerlo.

### b) La purificación

El que se había **contaminado** debía ser **purificado**, lavado.

1 Corintios 6:9-10 nos da una lista de diez «leprosos» que no heredarán el reino de Dios. Sin embargo, el apóstol puede añadir: “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”. Aquí se trata del lavamiento inicial, completo, el cual hace cantar a todos los que han pasado por él: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre... a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:5-6).

Este lavamiento inicial de todo el cuerpo no debe ser repetido, sino que el creyente, cuando se ensucia en el camino, debe lavarse los pies mediante la aplicación de la Palabra (agua) y el trabajo del Señor por su Santo Espíritu. Esto es lo que enseñó Jesús a sus discípulos en Juan 13, concluyendo que: “El que está lavado (totalmente bañado), no necesita sino lavarse (palabra empleada solo para una parte del cuerpo) los pies” (v. 10). Si esto no se lleva a cabo, le dice a Pedro, “no tendrás parte conmigo” (v. 8), es decir, no puedes gozar de la comunión con tu Señor.

## La justificación

El pecador debe ser declarado **justo**; de lo contrario, será **condenado**.

“Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22-23). ¿Hay que hacer “obras” para que en cierto modo se reciba un salario como cosa debida? En absoluto. “Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:5).

En resumen, somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús... por medio de la fe en su sangre”. Porque Dios es justo y “justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:24-26).

## La redención

Éramos **esclavos** del pecado y de Satanás. Por lo tanto, teníamos que ser **libertados**.

El original griego emplea palabras como «ago-razó»: comprar en el mercado (a un esclavo), «exago-razó»: comprar y sacar del mercado, «lutoó»: soltar, poner en libertad mediante el pago de un rescate. Estas palabras son traducidas en español por “redención” o “rescate”.

Nos hallábamos “vendidos al pecado” (Romanos 7:14), “en esclavitud bajo los rudimentos del mundo” (Gálatas 4:3); bajo la maldición de la ley (Gálatas 3:10). Pero “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (v. 13). “Fuisteis rescatados de vuestra vana

manera de vivir... con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:18-19). Y cuando ante el trono suba el cántico nuevo, recalcará: “Con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9).

Hemos sido, pues, librados del poder de Satanás y del pecado por el precio infinito de la sangre de Cristo: “Cristo... por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:12).

## **La reconciliación y la propiciación**

La reconciliación es una de las bendiciones que nos concede la obra de Cristo; la propiciación es el lado de Dios.

### *a) La reconciliación*

“Vosotros también, que erais en otro tiempo... **enemigos...** ahora os ha **reconciliado** en su cuerpo de carne, por medio de la muerte” (Colosenses 1:21-22). La reconciliación conlleva un cambio total de actitud y mentalidad. Dios no era nuestro enemigo, al contrario: “De tal manera amó Dios al mundo...” (Juan 3:16). Somos nosotros quienes con nuestro entendimiento, con nuestra concepción de las cosas del mundo y con nuestro modo de ser, estábamos contra Dios. El profundo cambio que, de enemigos, ha hecho de nosotros hijos de Dios, se ha producido “por la muerte de su Hijo” (Romanos 5:10).

“Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo”. Nos dio “el ministerio de la reconciliación”. “Os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”, aceptando por fe la obra del que “no conoció pecado” y que fue hecho pecado por nosotros “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:18-21).

### *b) La propiciación*

El gran día de la expiación, en Levítico 16, el sumo sacerdote debía degollar, entre otros, el macho cabrío del sacrificio por el pecado, llevar su sangre detrás del velo y hacer aspersion de ella sobre el propiciatorio (la tapa del arca), y delante del mismo. Con este acto, la sangre era puesta sobre el arca, bajo la mirada de dos querubines que lo coronaban. Hermosa imagen de la sangre de Cristo, cuyo valor es presentado ante Dios. “La redención... es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación” (Romanos 3:24).

No se trata de volver favorable a un Dios vengador, de aplacar una divinidad ofendida; por la perfecta obediencia y el sacrificio de Cristo se posibilita que **Dios** sea **justo** al ser misericordioso. La sangre sobre el propiciatorio demuestra que la obra ha sido realizada y que respondió plenamente a la justicia demandada por Dios. El pecado era “cubierto” por los sacrificios del Antiguo Testamento, pero estos no podían nunca “hacer perfectos a los que se acercan” (Hebreos 10:1). Ahora el pecado ha sido “quitado”. Cristo “es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Su obra es válida delante de Dios para todo el mundo, pero solo se beneficia con ella el que se la apropia por la fe.

## La vida eterna

“Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo..., y juntamente con él nos resucitó” (Efesios 2:5-6; véase también Colosenses 2:13 y 3:1). El nuevo nacimiento nos ha hecho empezar una nueva vida. Somos hechos “participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). Podemos, entonces, andar “en vida nueva” (Romanos 6:4).

El cambio manifiesto que se produce en alguien que se hallaba lejos de Dios y ha sido traído al Señor Jesús, muestra la evidencia de esa nueva vida. Los gustos, las tendencias, el aspecto de todas las cosas han cambiado. Lo que antes podía tener mucho valor para nosotros, ahora ya no lo tiene y, en cambio, las cosas de Dios se han convertido en una realidad.

“Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna” (1 Juan 5:11-13).

## El peso sobre Cristo

Qué poca importancia damos a los indescriptibles sufrimientos de nuestro Salvador para llevarnos a Dios: “... habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, (le convenía a Dios) perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (Hebreos 2:10).

El profeta ya lo había anunciado: “**Llevó** él nuestras enfermedades, y **sufrió** nuestros dolores... **herido** fue por nuestras rebeliones... el castigo de nuestra paz fue **sobre** él... Todos nosotros nos descarriamos como ovejas... mas Jehová **cargó** en él el pecado de todos nosotros... llevará las iniquidades de ellos... habiendo él llevado el pecado de muchos” (Isaías 53:4-7, 11-12).



Hablando de su pasión, el Señor Jesús pudo decir de sí mismo que padecería mucho y sería tenido en nada (Marcos 9:12). El apóstol Pedro, quien fue “testigo de los padecimientos de Cristo”, subraya: “Llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 5:1; 2:24).

“Fue ofrecido... para llevar los pecados de muchos” (Hebreos 9:28).

Cómo debieron de agotarte, Señor,  
Estando solo en la hora sombría,  
El abandono, la angustia y el horror  
De mis pecados que ni contar sabría.

## El Cristo – El Mesías

Unos jóvenes amigos creyentes nos pidieron una vez que habláramos del tema siguiente: ¿Son una misma persona el Cristo profético, el Cristo histórico y el Cristo vivo? Veamos, pues, lo que nos dice la Palabra al respecto.

La palabra hebrea “Mesías” (ungido) ha dado origen a la palabra Cristo en griego y en español. Es un título de nuestro Señor, mientras que Jesús es su nombre propio. No por eso hemos de pensar que él vino a ser Cristo en un momento determinado de su existencia, como lo pretenden algunos. Volvamos a Romanos 9:5: “Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”.

### Cristo en la profecía

Sin nombrarle expresamente, Proverbios 8:23 nos dice acerca de la Sabiduría: “Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra”. El concepto tener “el principado” significa literalmente en hebreo «ser ungido», lo cual implica a Cristo.

#### a) La “simiente”

Después de la caída, Dios dijo a la serpiente: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta (la simiente de la mujer) te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15). Aquí encontramos la primera promesa explícita tocante a Aquel que había de venir y vencer a Satanás, hiriéndole en la cabeza. El diablo “heriría en el calcañar” al descendiente de la mujer, Cristo hecho hombre, quien pasó por la muerte para salir de ella victorioso, “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Hebreos 2:14). A lo largo de toda la Historia ha subsistido la enemistad entre la simiente de la mujer y la del diablo. A los que con Él discutían, Jesús les dijo: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo” (Juan 8:44), y ¿cómo reaccionaron al escuchar estas palabras del Señor? “Tomaron entonces piedras para arrojárselas” (v. 59).

Siglos después de la caída, el Ángel de Dios se dirige a Abraham después de haber ofrecido a su único hijo: “Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar... en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Génesis 22:17-18). Hay tres simientes en estos versículos; una celestial: Abraham es el padre de todos los creyentes (Romanos 4:16); una terrenal: Israel; y, finalmente, “tu simiente” en la cual serán benditas todas las naciones de la tierra, “la cual (simiente) es Cristo” (Gálatas 3:16).

Está también la simiente de David, según 1 Crónicas 17:13, citado expresamente en Hebreos 1:5 como aplicado al Hijo. Por supuesto, la profecía de Natán se refería a Salomón de un modo inmediato; pero la visión iba mucho más lejos, hasta Aquel de quien Dios podía decir: “Lo confirmaré en mi casa y en mi reino eternamente, y su trono será firme para siempre” (1 Crónicas 17:14).

### *b) El Ungido*

Moisés había anunciado que Dios suscitaría para su pueblo un **profeta** como él, tomado de entre sus hermanos (Deuteronomio 18:15-19). Dios pondría sus palabras en su boca y le daría autoridad. Si alguien no le escuchaba, se le pedirían cuentas. Los judíos habían comprendido muy bien que se trataba del Mesías cuando le preguntaron a Juan el Bautista: “¿Tú, quién eres?” Él negó ser el Cristo o Elías; por lo cual le volvieron a preguntar: “¿Eres tú el profeta?” (Juan 1:19-21, véase también Hechos 3:22).

Según el Salmo 2, también es el rey: “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra” (v. 6-8).

El Salmo 110 lo presenta como **sacerdote**: “Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (v. 4), cosa que confirma la epístola a los Hebreos en varios pasajes, entre ellos el del capítulo 2, versículo 17.

En la Palabra, tanto el profeta, como el rey y el sacerdote, debían ser ungidos.

### *c) Los sufrimientos y las glorias*

En el camino a Emaús, Jesús recordó: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (Lucas 24:26). Los profetas de antaño habían quedado perplejos, pues “el Espíritu de Cristo que estaba en ellos... anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pedro 1:11). ¡Cuántas profecías hablan de sus sufrimientos! Las tan notables de Isaías 53, de los Salmos 22, 69, 102 y de tantos otros. A Daniel se le reveló que se le quitaría la vida al Mesías (cap. 9:26). Pero poco antes, en la visión, el profeta vio la gloria de este hijo del hombre llevado ante el Anciano de días, a quien fueron dados “dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno” (Daniel 7:13-14).

Isaías también vio su gloria: el siervo humillado y maltratado, varón de dolores, sería exaltado y puesto muy en alto (cap. 52:13). “Yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartiré despojos” (cap. 53:12).

¡Cuántas horas de bendición podríamos pasar buscando en todas las Escrituras los versículos que hablan de sus sufrimientos y de sus glorias!

## **El Cristo histórico**

### *a) Su nacimiento*

La genealogía de Mateo 1 termina diciendo que, “de María... nació Jesús, llamado el Cristo”. El ángel dijo a los pastores: “Os ha nacido hoy... un Salvador, que es CRISTO el Señor” (Lucas 2:11). Simeón estaba seguro de que vería al Ungido del Señor. Los magos vinieron para adorar al rey.

### *b) Durante su ministerio*

Juan el bautista, viendo a Jesús, dijo: “He aquí el Cordero de Dios” (Juan 1:29). Andrés y otro discípulo le siguen y se quedan con él. Después, Andrés encuentra a su hermano Simón y le dice: “Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)” (Juan 1:41).

Más tarde el mismo Pedro dirá: “Tú eres el Cristo” (Marcos 8:29), lo cual significaba un peligro para él, pues “los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga” (Juan 9:22).

En el pozo de Sicar, la mujer samaritana había dicho: “Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo”. Y Jesús le respondió: “Yo soy, el que habla contigo” (Juan 4:25-26).

Cuatro son los testimonios dados acerca del Señor: el de Juan el bautista (Juan 5:33); uno mayor que el de Juan: “Las obras que el Padre me dio para que cumpliera” (v. 36); el Padre mismo había dado testimonio de él (v. 37); y, por último, Jesús dijo: “Escudriñad las Escrituras... ellas son las que dan testimonio de mí” (v. 39). El que las Escrituras habían anunciado y el que ahora estaba presente en la tierra, eran la misma persona: el Cristo.

Ante el concilio, el sumo sacerdote interroga a Jesús: “Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios”. Aunque le valiera ser condenado a muerte, Jesús responde: “Tú lo has dicho” (Mateo 26:63, 64). Pilato no se equivoca a este respecto, habla de “Jesús, llamado el Cristo” (cap. 27:22). Y ante él, el Señor dio testimonio de la “buena profesión” de que era rey de los judíos y, por lo tanto, el Mesías (Juan 18:33, 37; 1 Timoteo 6:13).

### *c) El testimonio de los apóstoles*

El libro de los Hechos está lleno de ellos. A pesar de las persecuciones que padecían, los apóstoles “no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo” (cap. 5:42). Pablo no se cansará de exponer “por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio... es el Cristo” (cap. 17:3). Apolos, “con gran vehemencia... demostraba por las Escrituras que Jesús era el Cristo” (cap. 18:28).

El Cristo que había vivido en la tierra y que había dado su vida en una cruz, ¿no era el que habían anunciado las profecías?

### *d) Reconocerlo*

Es necesario que los judíos le reconozcan como tal. Actualmente Israel está parcialmente reunido en su país y constituye de nuevo un estado soberano; pero Zacarías 12 nos enseña cuánto tendrán que lamentar y arrepentirse de no haber admitido que Jesús era el Cristo. Entre tanto, no habrá ninguna bendición, sino guerras y castigos. Cuando se hayan arrepentido, “habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia” (Zacarías 13:1). Entonces aparecerá el Mesías para librar a su pueblo y bendecirle.

El apóstol Juan es en extremo severo con aquel que no confiesa que Jesús es el Cristo: “¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre” (1 Juan 2:22-23). En cambio, “todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios” (cap. 5:1).

El apóstol termina su epístola con esta aseveración: “Sabemos que el Hijo de Dios ha venido (el Cristo de la Historia), y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero (el ministerio del Espíritu Santo); y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo (lo que enseñan las epístolas). Este es el verdadero Dios y la vida eterna”. Y añade: “Hijitos, guardaos de los ídolos”, no solo de los ídolos de piedra o de oro, sino de todos los ídolos filosóficos y de todo tipo que el fecundo espíritu humano imagina para sustituir a Cristo.

## **El Cristo vivo**

El Cristo que vivió en este mundo murió, pero también resucitó. Es el testimonio que los apóstoles dan repetidas veces –Pedro especialmente– en el libro de los Hechos. Esta es la seguridad de que habla Pablo, guiado por el Espíritu de Dios, en 1 Corintios 15:14: “Si Cristo no resucitó, va-

na es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe”. “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho... en Cristo todos serán vivificados... Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (v. 20-23).

Hay, sin embargo, una diferencia entre el ministerio de Pedro y el de Pablo. Pedro proclama la **resurrección**; vivió junto al Señor Jesús cuando este anduvo sobre la tierra; pudo ver su muerte; fue al sepulcro; lo vio resucitado y da testimonio de ello. Pablo no conoció a Jesús en los días de su carne; no lo vio resucitado; pero lo vio en la gloria, en camino a Damasco, y en el Templo de Jerusalén (Hechos 22:17). Para él, Jesús, el Cristo, **vive**: “... un cierto Jesús, ya muerto, el que Pablo afirmaba estar vivo” (Hechos 25:19).

Vive, hoy, **en el cielo**, “viviendo siempre para interceder por ellos... los que por él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25). Espiritualmente, el creyente ha resucitado con él (Colosenses 3:1). Y también Cristo habita por la fe en nuestros corazones (Efesios 3:17). Pablo nos asegura algo maravilloso: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo **en mí**” (Gálatas 2:20).

Cristo, anunciado por los profetas, aparecido una primera vez aquí abajo, ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos, “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28).

Siempre la misma Persona. Fue anunciado; vivió; resucitó y subió a la gloria: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

## El Señor

Después de mostrarnos la humillación de Cristo Jesús, Filipenses 2:9-11 nos presenta su exaltación: “Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla... y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Su condición de Señor deberá ser admitida por los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra. Entre tanto, resulta provechoso considerar cómo es presentado cual Señor en el Nuevo Testamento.

## El Señor en los evangelios

**Antes de la resurrección**, es bastante raro que se le llame Señor. Veamos algunos versículos del Evangelio de Lucas en los cuales se le nombra con este título.

Jesús, acompañado por varios discípulos y una gran multitud, se acerca a Naín (cap. 7:11). Al mismo tiempo sale de la ciudad un cortejo considerable que acompaña a una viuda cuyo único hijo va a ser enterrado. “Cuando el **Señor** la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores... Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate... Y lo dio a su madre”. En estos versículos vemos toda la humanidad de Jesús, compasivo, lleno de simpatía por la inmensa pena de la viuda. ¿Por qué no decir, entonces, que **Jesús** se compadeció? – Va a desplegar todo su poder divino al resucitar al joven; es el **Señor** quien lo hace. Luego, “lo dio a su madre”, así como más tarde “devolvió a su padre” el hijo liberado del demonio (cap. 9:42).

Setenta discípulos son designados para ir de dos en dos a anunciar el Evangelio. ¿Quién los elige? No Jesús, sino “el Señor” (cap. 10:1). Está muy claro que solo él puede enviar al siervo, y que este solo responde ante él (véase Romanos 14:4).

Cuando reprende a los fariseos por su hipocresía y su dureza, y pronuncia varias veces sobre ellos y los que se les asemejan: “¡Ay de vosotros...!”, no es Jesús, sino “el Señor”, quien lo hace (Lucas 11:39-47).

El diablo ha pedido poder zarandear a los discípulos como a trigo. Hay que advertir a Pedro. “El Señor” mismo ora por él, le restaurará y le concederá incluso el poder confirmar a sus hermanos. Cuando Pedro le niega por tercera vez, no es Jesús quien sostiene su fe desfalleciente, sino que “vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor” (cap. 22:61).

**Después de la resurrección**, se le llama a menudo “Señor”. Los once discípulos reciben a los dos de Emaús diciendo: “Ha resucitado el Señor verdaderamente” (cap. 24:34). Cuando María Magdalena trae a los dos discípulos el mensaje que Jesús le ha confiado, antes de darlo, les anuncia “que había visto al Señor” (Juan 20:18). Cuando Jesús mismo se halla en medio de ellos, “los discípulos se regocijaron viendo al Señor” (v. 20).

Poco tiempo después, siete discípulos van a pescar. Después de toda una noche sin coger nada, ven al amanecer a Jesús en la orilla; cuando Juan le reconoce, no le dice a Pedro: «¡Es Jesús!»; sino: “¡Es el Señor!” (cap. 21:7).

El evangelio del Siervo perfecto termina diciendo: “El Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo... y ellos... predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor” (Marcos 16:19-20).

## **En los hechos y en las epístolas**

Su título de Señor es destacado. Cuando Esteban es apedreado, pide al Señor Jesús que reciba su espíritu. El Señor ordena a Ananías que vaya e imponga las manos a Pablo. Cuando ese fiel discípulo lleva a cabo esta misión, dice: “Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino...” (Hechos 7:59; 9:11-17).

Bernabé va a Antioquía, donde los discípulos habían anunciado “el evangelio del Señor Jesús. Y la mano del Señor estaba con ellos”. “Exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor” (Hechos 11:20-21, 23).

Se podrían citar otros muchos pasajes. 1 Corintios 12:3 nos da la clave: “Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo”. Se hablará de Cristo, de Jesús de Nazaret, de Jesucristo, pero, para decir “Señor Jesús” con sinceridad, ¿no es imprescindible haberle recibido como Salvador y Señor en el corazón y llevar una vida digna de él?

## **Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia (Efesios 1:22)**

El salmista pudo decir, y podemos aplicárnoslo a nosotros mismos: “Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; y deseará el rey tu hermosura; e inclínate a él, porque él es **tu señor**” (Salmo 45:10-11). Rendirle culto ¿no es la primera invitación dirigida a la que él ama?



Y en el centro de nuestro culto, ¿no se halla la Cena del Señor? En 1 Corintios 11:20-32 aparece siete veces la expresión “Señor”. Las enseñanzas de Pablo a ese respecto vienen del Señor. El Señor Jesús la instituyó “la noche que fue entregado”. Cada vez que se come el pan y se toma la copa se anuncia la muerte del Señor hasta que él vuelva. Si se participa indignamente, se es culpable “del cuerpo y de la sangre del Señor”. Si uno no se prueba a sí mismo, “el Señor” le castigará. El apóstol habla al corazón al recordar “la noche que fue entregado”, y su profundo deseo: “Haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:15-19). ¿Responderemos con el cántico: “Tu nombre y tu memoria son el deseo de nuestra alma” (Isaías 26:8)?

El apóstol subraya también toda la **reverencia** que conlleva la participación en la Cena del Señor: “Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11:26). Ni la costumbre, ni las distracciones, ni las preocupaciones deben hacernos olvidar, en cada ocasión que participemos de la Cena, que lo que anunciamos es la muerte del Señor. El Señor en persona, y no los ángeles, vendrá a llevar consigo a sus redimidos. En los tres versículos de 1 Tesalonicenses 4:15-17, cinco veces seguidas se nos habla del Señor; él mismo bajará del cielo para llevar a cabo la resurrección de los muertos en Cristo y la transformación de los vivos, de manera que sean arrebatados juntos al encuentro del Señor en el aire para estar siempre con él.

Antes de terminar el Santo Libro, nos repite su promesa: “Ciertamente vengo en breve” (Apocalipsis 22:20).

## **El rey de los judíos**

Para la Iglesia, la Esposa, Él es el Señor. Para Israel, Él es el Rey. Es conveniente no confundir los dos títulos, ni en nuestros cánticos, ni en nuestras oraciones.

La primera pregunta del Antiguo Testamento, dirigida a Adán, quien se escondía después de la caída: “¿Dónde estás tú?” (Génesis 3:9) tenía por objeto mostrarle que se había alejado de Dios al actuar de aquella manera. La primera pregunta del Nuevo Testamento: “¿Dónde está el rey de los judíos?” (Mateo 2:2), pone en evidencia la humillación del que, como un niño, venía a estar entre su pueblo con profunda humildad.

Uno de los discípulos a quienes llamará, Natanael, responderá a su llamada: “Tú eres el Rey de Israel” (Juan 1:49). El profeta Zacarías había anunciado: “Decid a la hija de Sion: He aquí, tu Rey viene a ti... sobre un pollino” (Mateo 21:5). Al final de su vida, por unas horas, es reconocido como tal; se le aclama: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (v. 9). Pero es rechazado muy pronto.

Arrestado y conducido delante de Pilato, da testimonio delante de él de “la buena profesión” (1 Timoteo 6:13): “Tú dices que yo soy rey” (Juan 18:37). Pilato, con la intención de dejarle ir libre, lo presenta a los judíos: “¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?” (v. 39). Pero sus voces prevalecen: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” Y, sobre la cruz, en el rótulo de su acusación se escribió: “JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS” (cap. 19:19).

No obstante, ha de venir el día en que reinará sobre su pueblo, tal como lo anuncia el profeta: “He aquí que para justicia reinará un rey”, concediendo todas las bendiciones que se relacionarán con su reino (Isaías 32:1).

## **Rey de reyes y Señor de señores**

La imagen del sueño de Nabucodonosor representaba los cuatro imperios de las naciones. Bastó “una piedra” para desmenuzarla. Entonces, dominio, gloria y reino son dados al “hijo de hombre”, y “su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Daniel 2:44-45; 7:13-14).

Algún día, el Varón de dolores que llevó la corona de espinas vendrá del cielo coronado con varias diademas, llevando escrito, entre otros, un nombre: “REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Apocalipsis 19:11-16). Será rey y sacerdote (Salmo 110); establecerá su reino de justicia y paz: “Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1 Corintios 15:25). “El misterio de su voluntad” (la de Dios) se cumple: todas las cosas son reunidas en Cristo como cabeza, “así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Efesios 1:9-10). Es constituido “heredero de todo” (Hebreos 1:2).

## **Mi Señor**

María Magdalena lloraba por la desaparición de su Señor (Juan 20:13). Cuando por fin, Tomás cree que ha resucitado, dice: “¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28). Pablo habla de “la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Filipenses 3:8).

Conocerle como Salvador da la paz con Dios, pero nos obliga en la práctica a decirle “Señor mío”, y a obedecerle en todo.

En 1 Corintios 6:13, el cuerpo es **“para el Señor”**; es templo del Espíritu Santo, y no debe ser profanado. Debemos estar muy agradecidos de que a continuación se nos diga: “Y el Señor para el cuerpo”, ya que es necesario todo su poder para guardarnos.

Día a día, ya que somos “luz en el Señor” y se nos exhorta a andar “como hijos de luz”, es necesario “comprobar lo que es agradable al Señor” (Efesios 5:8 y 10); se trata de un aprendizaje permanente en cada opción y alternativa que se nos presenta. Se trata de entender “cuál será la voluntad del Señor” (v. 17). El matrimonio, la decisión más importante de la vida, después de la conversión, es esencial que solo se lleve a cabo **“en el Señor”** (1 Corintios 7:39). ¿Cómo puede unirse un creyente a un incrédulo, o incluso con alguien que no podrá caminar a su lado en la misma comunión práctica diaria, ni colectivamente cuando se reúna con los suyos?

En cuanto al servicio, la Palabra nos dice: “Sirviendo de buena voluntad, **como al Señor**” (Efesios 6:7); el apóstol nos dio ejemplo de ello: “Sirviendo al Señor con toda humildad” (Hechos 20:19).

Pablo sabía que llegaba el momento de partir. ¿Cuál es el centro de sus pensamientos? “Me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo... Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pague conforme a sus hechos... En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado... Pero el Señor estuvo a mi lado... Y el Señor me libraré... A él sea gloria...” (2 Timoteo 4:8, 14-18). En su prisión de dolor, solo queda una persona ante los ojos del anciano apóstol: el Señor mismo.

## Las figuras de Cristo en el Antiguo Testamento

En Lucas 24, en camino a Emaús, Jesús, “comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas”, explicaba a los dos discípulos, “en todas las Escrituras lo que de él decían” (v. 27). Por la noche, reunido con los once, les dice: “Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (v. 44-45).

Las Escrituras de las que hablaba el Señor eran el Antiguo Testamento. A lo largo de él hay cosas que le conciernen; tenemos, pues, buenas razones para buscar en él todo lo que puede mostrarnos a Cristo.

### Objetos

En primer lugar, el arca del Lugar Santísimo nos habla de Su persona. Era de madera y oro, lo que recuerda su humanidad y su divinidad. En ella estaba el maná, figura del que descendió del cielo (Juan 6:32-38); las tablas de la ley, su perfecta obediencia; la vara de Aarón, símbolo de vida y resurrección.

La flor de harina de Levítico 2 y otros pasajes, nos muestra su vida perfecta. El fruto de la tierra (el trigo del año anterior) que comió el pueblo al llegar a la tierra prometida, representa a Cristo en los designios de Dios; mientras que los panes sin levadura nos hablan de su vida sin pecado, y las espigas tostadas, de sus sufrimientos (Josué 5:11). La gavilla de las primicias, ofrecida al día siguiente del día de reposo, es una figura notable de su resurrección (Levítico 23:10-11; 1 Corintios 15:20). El grano de trigo que cae en tierra y lleva mucho fruto nos habla de su muerte (Juan 12:24).

Antes de ser colocada en el arca, la vara de Aarón, procedente de un almendro seco, en una noche “había reverdecido, y echado flores, y arrojado renuevos, y producido almendras” (Números 17:8), mientras que las varas de los príncipes de las demás tribus se quedaron como estaban. El poder vital de la vara del sacerdote probaba que Aarón había sido elegido por Dios para desempeñar ese oficio. El Señor Jesús resucitado es hecho sumo sacerdote “según el poder de una vida indestructible” (Hebreos 7:16).

En el desierto fue golpeada la peña (Éxodo 17:6) y dio agua en abundancia. Al final del viaje, en Números 20:7-11, solo había que hablarle. Indebidamente, Moisés la golpeó con su vara; no obstante, de ella brotó agua en abundancia. La Palabra nos dice expresamente: “Bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo” (1 Corintios 10:4). Podemos pensar que las aguas vivas que brotaron nos hablan del Espíritu Santo (Juan 7:38-39).

En Mará, las aguas eran amargas. Instruido por Dios, Moisés tira al agua un árbol que nos habla de la humanidad de Cristo, y también de la cruz. Si la introducimos en las dificultades de nuestra vida, estas serán vistas con un aspecto diferente y seremos enseñados a recibirlas de las manos de un Padre: de amargas que eran, se volverán dulces (Éxodo 15:25).

En Jericó, las aguas eran malas, y la tierra estéril. Elíseo echa sal y se vuelven aprovechables, sal que nos habla sin duda de la separación del mal y de la vida santa del Señor Jesús (2 Reyes 2:21).

En Gilgal, cuando el potaje estaba contaminado por las calabazas silvestres (no sabían que lo eran), el profeta echa harina en la olla, “y no hubo más mal” en ella (2 Reyes 4:41). Esta harina, ¿no nos habla de la perfecta humanidad del Señor Jesús? Si el alimento del pueblo de Dios ha sido contaminado, las almas serán restauradas si se las trae de nuevo a Cristo y su obra.

Consideremos también la serpiente de bronce que levantó Moisés sobre un asta, mirar la cual bastaba para ser curado de las mordeduras de las serpientes (Números 21:4-9) ¿Quién hubiera pensado que una serpiente pudiera ser una imagen del Señor Jesús? Fue necesario que él mismo diera la clave: “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14-15). En general, la serpiente es figura del diablo. A él se liga la maldición de Génesis 3:14-15. Pero Cristo, en la cruz, “nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gálatas 3:13).

## **Ofrendas**

A lo largo del Antiguo Testamento, se ofrecieron sacrificios. No eran más que imágenes de “la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10).

La primera alusión se halla en Génesis 3:21, cuando Dios, tras la caída, viste a Adán y Eva con pieles, para lo cual tuvo que morir una víctima.

“Por la fe”, Abel sacrificó de entre los primogénitos de sus ovejas, dando Dios testimonio de sus ofrendas (Génesis 4:4; Hebreos 11:4). En Génesis 22, en lugar de Isaac es ofrecido un cordero, lo cual nos habla de la sustitución. En esta notable figura, lo que más nos llama la atención es la unión del padre y del hijo, yendo “ambos juntos” a Moriah (v. 6).

Para la Pascua (Éxodo 12), cada familia debía sacrificar un cordero y poner su sangre en los dinteles de las puertas. Fueron inmolados muchos corderos; sin embargo se nos dice: “Y tomarán de la (su) sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer” (v. 7). Los innumerables corderos ofrecidos por las familias eran una figura del único Cordero ofrecido para que su sangre pudiese quitar nuestros pecados.

En Levítico 1 a 6 y en Números 19, encontramos varios sacrificios que también nos hablan de la obra de la cruz.

Sin detenernos en todos los casos en que aparece “el cordero” en la Escritura, recordamos Isaías 53, que era el pasaje que leía el eunuco de la reina de Candace cuando volvía de Jerusalén a su país. “¿De quién dice el profeta esto; de sí mismo, o de algún otro? – Entonces Felipe... comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús” (Hechos 8:26-40). El cordero llevado al matadero era ciertamente una figura del Salvador.

Y llegamos al Nuevo Testamento, al bautismo de Juan en el Jordán, donde, al ver a Jesús venir a él, declara: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). ¿De dónde venía ese cordero? – “De Galilea”, nos dice Mateo 3:13. Alguno dirá de Belén, ya que nació allí. Los designios de Dios son dados a conocer en 1 Pedro 1:19: “Cristo... un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo”.

Hay otra figura que llama también nuestra atención: las dos avecillas ofrecidas para la purificación del leproso (Levítico 14:4-7). Un avecilla cuya sangre es recogida en un vaso de barro sobre aguas corrientes; otra avecilla viva, mojada en la sangre de la avecilla muerta, y después soltada en el campo: “Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).

## Episodios

El arca, figura de Cristo, abrió un camino a través del Jordán, el río de la muerte. En el río se levantan doce piedras que representan las doce tribus; se quedarán allí indicando la posición de aquellos que se hallan unidos a Cristo en su muerte. Pero otras doce piedras son tomadas de en medio del Jordán para ser llevadas al país y para levantarlas en Gilgal, figura de nuestra resurrección con Él (Josué 4:1-9).

David mató a Goliat con su propia espada (1 Samuel 17:51); con su propia arma, la muerte, el que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo, fue reducido a la impotencia por nuestro Señor (Hebreos 2:14).

Abraham e Isaac fueron a tierra de Moriah para ofrecer el holocausto (Génesis 22). David sube también a Moriah, a la era de Arauna, para levantar un altar sobre el cual ofrecerá el sacrificio que permitirá al ángel acabar con la peste. En ese mismo monte levantará Salomón el templo (2 Crónicas 3:1). Cerca de allí se alzarán siglos más adelante la cruz del Señor.

## Personajes

Hay tres hombres que son, de un modo particular, figuras del Señor Jesús: José, Moisés y David. Los tres fueron rechazados por sus hermanos: José fue vendido a los madianitas; los hermanos de Moisés no entendieron que Dios quería darles libertad por medio de él, y le dijeron: “¿Quién te ha puesto por gobernante y juez sobre nosotros?” (Hechos 7:27); los hermanos de David le recibieron muy mal cuando vino al campo de batalla a traerles las provisiones preparadas por su padre (1 Samuel 17:17-28).

Los tres tuvieron que pasar por un período de humillación y sufrimientos: José en Egipto y en la cárcel; Moisés en Madián; David perseguido por Saúl. Pero los tres alcanzaron la gloria: José llegó a ser el segundo de Faraón; Moisés, guía del pueblo; David, rey. José preservó al pueblo del hambre y recibió el título de Salvador del mundo; Moisés libró a Israel de Egipto; David venció a los enemigos de su pueblo.

En su juventud, los tres habían sido pastores. A lo largo de las Escrituras, ya sea en el Salmo 23, Ezequiel 34 o Juan 10, el pastor siempre nos habla del Señor Jesús, ese Buen Pastor que da su vida por las ovejas (Zacarías 13:7).

David es una figura del rey rechazado que instaura el reino; Salomón es el rey de gloria, como Cristo en el milenio.

Otras muchas personas nos hablan de Él. Jonás, tres días y tres noches en el vientre del pez, como el Hijo del Hombre que permaneció muerto durante el mismo tiempo hasta que resucitó. Booz (cuyo nombre significa “fuerza”) recibe a Rut y la hace su esposa.

¿Acaso no vale la pena detenerse en estas páginas del Antiguo Testamento que resultan tan actuales cuando, guiado por el Espíritu de Dios, el ojo de la fe descubre en ellas algunos rasgos de la persona de nuestro amado Señor?

Jesús dice:

“ Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió (Juan 5:46).



# El amado Hijo del Padre

Su amado Hijo

(Colosenses 1:13)

## Un único hijo amado (Marcos 12:6)

En la parábola de los labradores malvados, el Señor explica toda la historia de Israel, su infidelidad, las persecuciones que hizo padecer a los profetas. Por último, el amo de la viña les envía su “hijo... (único) amado”; también a él lo matan y le echan fuera de la viña. Los principales del pueblo comprendieron perfectamente “que decía contra ellos aquella parábola” (v. 12).

En la Palabra aparecen tres expresiones para referirse a esa venida del Hijo a la tierra:

### *a) Salido*

“El Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre” (Juan 16:27-28).

En pocas palabras el Señor Jesús narra todo su camino, el que en Filipenses 2:6-9 nos es explicado con otras palabras.

Ambos pasajes nos rebasan por completo. Uno con el Padre, «uno con él en su poder, uno con él en su amor», “salió” del Padre para venir a este mundo. Por la fe, los discípulos habían comprendido que él había salido de Dios; pero Jesús subraya que ha salido del Padre. ¿Qué implica la expresión “salido”? Nos recuerda esta otra: “Se despojó a sí mismo” (Filipenses 2:7), cuya profundidad no nos es más accesible que en el caso anterior. Salió, se despojó, se anonadó al hacerse hombre. Y, sin embargo, su bendita comunión con el Padre permaneció inalterada. Los términos en que se expresa la Escritura hacen sensibles nuestros corazones a lo que costó al Señor Jesús aceptar tal humillación, tomar “forma de siervo” para venir a este mundo.

Y ahora dice, al parecer con alivio: “Otra vez dejo el mundo” (véase también Juan 14:28). Iba a acabar la obra que el Padre le había encomendado que hiciera y podría ir a él. Pero ¡qué triste sería el camino que le llevaría a él! (Filipenses 2:8). Sin embargo, “por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (Hebreos 12:2). ¡Y con qué gozo anunciará a María: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre”! (Juan 20:17).

### *b) Enviado*

“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados... Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo” (1 Juan 4:9-10 y 14).

No hemos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros; la mayor prueba de ese amor es que envió a su Hijo. Seis veces lo repite el Señor en la oración que dirige al Padre en Juan 17: “Han creído que tú me enviaste” (v. 8). Todos los que creen en él “por la palabra de ellos” (v. 20) son “uno” en el Padre y el Hijo, “para que el mundo crea que tú me enviaste” (v. 21).

El ciego de nacimiento de Juan 9 es un notable ejemplo de ello. Jesús escupe en tierra y hace lodo con su saliva, untando los ojos del ciego. Este lodo, compuesto por polvo de la tierra y saliva suya, representa su naturaleza humana. El Jesús de Nazaret que se podía ver recorriendo las ciudades y pueblos, así como las calles de Jerusalén, era, en apariencia, un hombre más. Como alguien ha dicho, escondía «la forma de Dios» tras la de un galileo despreciado. Con el lodo sobre sus ojos, el ciego no veía más que antes. Pero va al “estanque de Siloé (que traducido es *Enviado*)” (v. 7). Entonces son abiertos sus ojos. La fe, que discierne en el galileo despreciado al Enviado del Padre, tiene los ojos abiertos; pero aquel que no tiene su Palabra morando en sí mismo, no cree que el Padre le ha enviado (Juan 5:38). Sin embargo, las obras mismas que hacía daban testimonio de él que el Padre le había enviado (v. 36).

### c) *Venido*

También vino, por propia decisión, aunque vino en nombre de su Padre (Juan 5:43). Al poner de lado los sacrificios del antiguo pacto, dice: “Entrando en el mundo... He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad... En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:5-10). “Pero estando ya presente Cristo... por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:11-12).

Salió del Padre y, enviado por él, vino a este mundo “el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). En esta íntima relación, ininterrumpida, –“el seno del Padre”– Él dio a conocer al Dios que nadie vio jamás, pero que ahora se revelaba no solo como Dios, sino también como Padre: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre... ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?” (Juan 14:9-10).

## **El Padre ama al Hijo**

“Padre... me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24). Amor muy por encima de nosotros, fuera de nosotros, lazo eterno entre el Padre y el Hijo antes de toda creación, expresión de un profundo gozo (Proverbios 8:30), que solo él conoce plenamente.

“El Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace” (Juan 5:20). El Hijo, que aquí en la tierra se sujetó a él y no fue un Dios separado del Padre, sino en plena comunión con él, es objeto del amor del Padre. “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida” (Juan 10:17). El amor del Padre que reposaba sobre su Hijo que andaba en la tierra, no se interrumpió, sino que, al contrario, se acrecentó –si se nos permite decirlo así– cuando el Hijo daba su vida en la cruz. No cabe duda de que Dios lo desamparó (Salmo 71:11), pues “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21). Pero si Dios, en su justicia, lo desamparó durante las horas de tinieblas en que era hecho pecado, cuando daba su vida todo el amor del Padre reposaba sobre él.

“El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano” (Juan 3:35). Como ya lo hemos dicho, el misterio de su voluntad consiste en “reunir todas las cosas en Cristo” (Efesios 1:10). Una vez que sujete todas las cosas debajo de sus pies (1 Corintios 15:27), el amor del Padre descansará para siempre sobre él.

## **Este es mi Hijo amado**

Era necesario que ese amor del Padre por el Hijo fuera proclamado públicamente y que los suyos estuvieran conscientes de ese amor.

Al venir de Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan, Jesús se asociaba, aunque no tenía pecado, a los que se arrepentían. Pero el Padre no quiso que se le confundiera con los pecadores. Al subir del agua, los cielos le son abiertos, el Espíritu de Dios desciende como paloma y viene sobre él. La voz del Padre, procedente de los cielos, dice: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). En Marcos 1:9-11, viene de Nazaret, la ciudad despreciada. La voz se dirige a él mismo: “Tú eres mi Hijo amado...”. En Lucas 3:21-22, es el hombre enteramente dependiente; mientras ora, el cielo se abre, desciende el Espíritu Santo y la voz que venía del cielo declara: “Tú eres mi Hijo amado...”.

“Seis días después” (de trabajo y servicio), Jesús toma consigo a tres de sus discípulos “aparte a un monte alto” y se transfiguró, apareciéndoseles Moisés y Elías. Pedro pone al Señor al mismo nivel que a los dos hombres aparecidos; pero la voz del Padre se deja oír desde la nube de luz que

antaño condujo a Israel por el desierto: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17:1-5). Moisés –el legislador– y Elías –el profeta– ambos desaparecen: “Alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo” (v. 8). El tiempo de la ley estaba terminado, la profecía se estaba cumpliendo, Jesús queda solo ante los tres discípulos, no únicamente como Rey y Mesías en gloria, sino también como Hijo amado del Padre.

En Lucas 9:28-36, la escena transcurre “ocho días después”, el primer día de una nueva semana. Moisés y Elías hablan “de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén”. Muchas figuras que Moisés instituyó hablaban de su muerte; los profetas habían anunciado “los sufrimientos de Cristo” (1 Pedro 1:11). Ahora todo iba a cumplirse en esa Jerusalén que le había rechazado. Los tres discípulos estaban “rendidos de sueño”, pero, cuando despiertan, ven “la gloria de Jesús”. La nube los cubre, tienen miedo. Era la morada de Jehová. Pero ahora, la voz que de ella sale es la del Padre, y Jesús es hallado solo. Los discípulos callaron, y por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto. Hay momentos en la vida de un creyente que pertenecen al Señor; no conviene darlos a conocer. Nada nos es dicho sobre el encuentro del Señor resucitado con Pedro, que le había negado (Lucas 24:34). Habrá más adelante una restauración pública, pero lo que pasó entre Pedro y su Maestro ha quedado en secreto. Solo al final de sus días recordará el anciano apóstol, no sin emoción, la escena detallada en los evangelios: “Nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo” (2 Pedro 1:18).

## **El amor manifestado**

Este amor del Padre por el Hijo es la medida del amor del Padre por los redimidos y del amor del Hijo hacia aquellos por los que tanto sufrió.

Antes de dejarles, Jesús se dirige a los suyos: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado” (Juan 15:9). Este amor puro, insondable, que ha recibido él mismo, es el que él tiene por los suyos.

Pero, en su oración al Padre, añade: “Los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Juan 17:23). El amor inefable que estaba con el Hijo, es el mismo que está con los redimidos del Señor.

Se han comparado estos pasajes con el marco de un cuadro. Arriba está escrito: “El Padre ama al Hijo” (Juan 5:20). En uno de los laterales se lee: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado”. En el otro: “Los has amado a ellos como también a mí me has amado”. Y finalmente, en la parte inferior: “Como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34).

¿Quién es Jesús? El Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, el Salvador, el Cristo, el Señor, el que revelan todas las figuras del Antiguo Testamento, el amado Hijo del Padre.

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).